

# Meditaciones criollas

Desconocido en España y olvidado en Argentina, Ricardo Sáenz Hayes (1888-1976) fue un erudito, un humanista y un hombre de letras en toda la extensión del término. A comienzos de los años 20 del siglo pasado visitó Sevilla y sucumbió a la persuasión árabe y moruna de la Ciudad de María Santísima.

POR FERNANDO IWASAKI

No creo estar cometiendo ninguna arbitrariedad cuando afirmo que el escritor Ricardo Sáenz Hayes es desconocido en España, aunque siempre me quedará la duda de haberlo sido si aventuro que está olvidado en Argentina. ¿Cuándo un escritor se convierte en olvidado? Para mí hay una evidencia irrefutable: cuando su biblioteca se salda a cuentagotas, como una agonía lenta e irremediable.

Entre 2004 y 2007, un portal argentino de obras de arte y antigüedades remató (y aquí el verbo «rematar» es otra denigración) la biblioteca de Ricardo Sáenz Hayes, donde había verdaderas joyas como los dos primeros libros de Borges dedicados por el autor. En realidad, Borges nunca fue demasiado afectuoso en sus dedicatorias, y así en la hoja de respeto de *Inquisiciones* (1925) anotó: «A Ricardo Saéenz Hayes / Homenaje de Jorge Luis Borges», mientras que en *El tamaño de mi esperanza* (1926) garrapateó parcamente: «A Ricardo Sáenz Hayes, con agradecida amistad». Uno sospecha que Saéenz Hayes estaba olvidado en su país porque aquellas rarísimas ediciones dedicadas estuvieron en venta durante años y la verdad es que [www.bullrichgaonawernicke.com](http://www.bullrichgaonawernicke.com) las remató por cuatro perras.

¿Sería Borges buen amigo de Ricardo Saéenz Hayes? Las reseñas de Borges tampoco eran para reventar cohetes, pues en la revista *Síntesis* (número 2, Buenos Aires, 1927) publicó una crítica del ensayo *Los amigos dilectos* (1927) de Saéenz Hayes, donde no decía ni fu ni fa. A saber, «En mayor grado que muchas de las sedicentes novelas, ésta de Ricardo Hayes es libro novelístico», o bien «El tono es de pudor. Algún rato, cuando habla de una gran amistad, he creído derramada en su voz la nostalgia de ella», para terminar rematando al palo: «El libro está compuesto con limpidez. Su español -pulcramente internacional-no está fechado en región alguna, si bien el uso de los pronombres analíticos le dan atmósfera de Castilla». En cualquier caso, quiero creer que Borges no malquería a Ricardo Saéenz Hayes, porque le regaló el ejemplar nú-

mero 12 de *El tamaño de mi esperanza*, que sólo tuvo una tirada numerada y encima destruida de 500 ejemplares. Por lo tanto, si el primer libro fue para su madre, el segundo para su hermana Norah, el tercero para la *mama* Fanny, el cuarto para Concepción Guerrero, el quinto para Victoria Ocampo, el sexto para Estela Canto, el séptimo para María Esther Vásquez, el octavo para Norah Lange, el noveno para Elsa Astete, el décimo para su maestro Cansinos y el undécimo para Bioy Casares, es obvio que Saéenz Hayes tuvo que ser uno de los mejores amigos de Borges, porque su ejemplar era el número 12.

Ricardo Saéenz Hayes era crítico de arte, editorialista de *La Prensa* y autor de varios cuentos y novelas, aunque su faceta más reconocida fue la de ensayista y crítico literario, donde podemos

citar títulos como *Almas de crepúsculo* (1900), *Las ideas actuales* (1909), *Los amigos dilectos* (1927), *Perfiles y caracteres* (1927), *Antiguos y modernos* (1929), la biografía *Miguel de Montaigne* (1939), *De la amistad en la vida y en los libros* (1944), los diarios *Entre dudas y esperanzas* (1954) y la edición académica de sus críticas *Ensayos y semblanzas* (1970). Uno de sus libros más desconocidos es *España. Meditaciones y andanzas* (1927), escrito durante sus años de residencia en París y bajo el influjo intelectual de Ortega. No obstante, a diferencia de Ortega, a Ricardo Saéenz Hayes le encantó Andalucía y especialmente Sevilla.

Lector de los clásicos, Saéenz Hayes quiso ver destellos homéricos en Sevilla y así la definió como la Tierra de los Lotófagos: «Yo no sé si los sevillanos que veo a diario en la calle de las Serpes —la más céntrica de la ciudad y tan antigua como ilustre, pues Cervantes la menciona en alguna de sus *Novelas ejemplares*— yo no sé si se nutren con la flor de loto; pero sus personas trasuntan una inefable serenidad. Unos van con paso mesurado -a nadie he visto ir de prisa- y si alguien tuviera la peregrina ocurrencia de

echar a correr, de fino que se le tomaría por loco; otros están parados en grupos y los más llenan los cafés y los clubs sociales o taurinos, arrellanados en cómodos asientos, fumando puros y mirando hacia la calle. Predominan los chambergos cordobeses, de alta copa y amplias alas duras, y, de rato en rato, vése pasar alguno vestido de «corto». Sólo si nos fuera dable inmiscuirnos en la conversación de esta buena gente, conoceríamos a fondo su psicología y sabríamos hasta qué punto la tierra de María Santísima es la tierra de los lotófagos».

Como la mayoría de viajeros latinoamericanos, Saéenz Hayes sucumbió al hechizo moruno de Sevilla, porque a diferencia de ingleses y franceses, para un hispanoamericano los árabes siempre serán más exóticos que los gitanos: «Me ha impresionado hondamente, desde el primer momento, la semejanza grande que hay entre Sevilla y algunas ciudades sicilianas, como Palermo, por vía de ejemplo. No se trata tan sólo de la hermandad de la luz y de los cielos altos y azules que caracterizan a las tierras del mediodía; tienen la misma atmósfera de augusta vejez y una mis-

ma fisonomía que denuncia con rasgos inconfundibles la comunidad de origen. Aludo, desde luego, a la poderosa influencia árabe, influencia que satura el espíritu y la sangre, y que no se extingue, por grande que sea el impulso renovador y destructor del tiempo».

Saéenz Hayes estaba persuadido de que Sevilla —sobre todo la Sevilla cristiana— era inequívocamente mora y musulmana: «Los primeros reyes cristianos de Sevilla vivían como sultanes; tenían un harén; entregábanse a los placeres como príncipes orientales y edificaban palacios moriscos. La sombra de Pedro el Cruel ronda por las salas del Alcázar, y en los atardeceres, la favorita doña María Padilla alienta en los jardines amorosos. En ninguna parte vibra el espíritu cristiano por más que abunden las cruces añosas. La atmósfera que se respira es de alegría y sensualismo... No quiere decir esto que en Andalucía no exista el fervor religioso, pues por algo se le llama tierra de María Santísima. Pero si la oración está en los labios, el moro está en la sangre...».

Ricardo Saéenz Hayes no se conmovió con las grandes fiestas sevillanas, pues la Semana Santa se le antojó «una fiesta que se lleva a término con la más extraña liturgia» y la romería del Rocío la despachó en tres palabras «semi-pagano espectáculo». Más literario que folclórico y más plástico que arquitectónico, a Saéenz Hayes le interesaron más bien las figuras de Miguel de Mañara y Don Juan, de Murillo y Valdés Leal. Eso sí, ni toros, ni flamencos, ni gitanos, ni cigarreras.

En Sevilla tuvo Saéenz Hayes una «sensación de Florencia», aunque no por las semejanzas, ya que «lo que se ve es pobre y triste y falta aquel aire de señorío, aquella suma prestancia que nos sale de todas partes al encuentro cuando entramos en Florencia». Sin embargo, al recorrer las estrechas calles del barrio de Santa Cruz, al oír el rumor de las fuentes y al contemplar la reverberación de la luz en la cerámica de los tejados sevillanos, Saéenz Hayes concluyó: «A mí me place gustar de las cosas por lo que ellas son y no por el parecido que puedan tener con otras. Florencia y Sevilla son dos ciudades harto desemejantes, y, sin embargo, ambas seducen con su gracia y pueblan la mente de evocaciones y quimeras».

Me pregunto si Saéenz Hayes seguiría pensando lo mismo si recorriera de nuevo las calles de Florencia y Sevilla, en este nuevo siglo que ha abolido las quimeras.

